

ba mucho su hogar y no quiso trocar su calidad de príncipe maya por la de un oscuro aventurero, que vá todavía en busca de la fortuna. La esposa de éste se presentó repentinamente en la pieza donde tenia lugar esta entrevista, y adivinando el asunto de que se trataba, llenó de improperios al que creia todavía esclavo de May, y le echó de su casa.

Aguilar salió desesperado de Chetemal y corrió al cabo Catoche. Pero su deseo de llevarse consigo á Guerrero le habia hecho perder mucho tiempo, y los navíos de que hablaba la carta, habian desaparecido. ¡Cómo debió haberse oprimido con este golpe el corazon del pobre cautivo! ¡Cuánto debió de haber acusado á la fortuna, que no parecia cansada de perseguirle!

Pero sus padecimientos debian tener pronto un término feliz, porque poco tiempo despues supo que los españoles habian vuelto á Cozumel. Corrió entónces á la costa, fletó una canoa de seis remos con las cuentas de vidrio que le quedaban, y se hizo conducir á la isla.



### CAPITULO III.

1517

Origen de la primera expedicion al continente septentrional.—Sale de Cuba á las órdenes de Francisco Hernández de Córdoba.—Descubrimiento de la península.—Los mayas hostilizan cruelmente á los españoles en Cabo Catoche y Champoton.—Dáse al país descubierto el nombre de Yucatan.—Etimología de esta palabra.

Por los años de 1516 y 1517 andaban ociosos en la isla de Cuba muchos de esos aventureros españoles que comenzaban á abandonar á centenares la madre patria para buscar fortuna en el Nuevo Mundo. Aunque la sujecion y colonizacion de la isla se habia verificado en 1511, su gobernador Diego Velazquez, no tenia ya indios que *repartir* (1) entre los pretendientes, venidos de España y del Darien, que los solicitaban. En Española, primer punto de América en que desembarcaban los que venian de Europa, la poblacion indígena se habia disminuido tan considerablemente, gracias á la dureza con que fué tratada

(1) Mas adelante explicaremos la naturaleza de estos repartimientos, á que se dió el nombre de *encomiendas*.

por sus dominadores, que á los quince años de descubierta, se habia reducido á la vigésima parte (2). Esto mismo sucedia, poco mas ó ménos, en el Darien, y habia allí tan poca ocupacion para los colonos, que la mayor parte habia sido licenciada por el gobernador Pedro Arias de Avila, el verdugo de Vasco Nuñez de Balboa.

Todos estos aventureros reunidos en Cuba, envidiaban á sus compatriotas, que vivian regaladamente en sus encomiendas, y se desesperaban de haber llegado demasiado tarde á la isla. Pero como la necesidad es madre de la industria, un centenar de estos hijos desheredados de la fortuna se reunió á deliberar, y despues de haber elegido por jefe á un hidalgo, llamado Francisco Hernández de Córdova, acordaron lanzarse á la mar en busca de nuevas tierras, que diesen ocupacion á su ociosidad. Los gastos de la expedicion debian hacerse á prorrata entre los mismos que la meditaban, porque la corte de España, que siempre habia sido mezquina para esta clase de empresas (3) estaba muy léjos, y además, ninguno de los expedicionarios, á pesar de su pretendida hidalguía (4), tenia influencias en ella. Acordaron no obstante ocurrir al gobernador, así para pedirle la autorizacion de que necesitaban, como para invitarle á que contribuyese á los gastos de la empresa. Diego Velazquez, que tambien tenia sed de conquistas, concedió al punto la licencia y ofreció contribuir con un buque, siempre que los expedicionarios pasaran á las *Guamañas* á coger indios

(2) Robertson, Historia de América, libro III.

(3) Cristóbal Colon, cuyos grandes servicios no podrán ponerse en duda, luchó toda su vida contra esta mezquindad y murió poco ménos que en la miseria. Los que en adelante emprendieron descubrimientos y conquistas, hicieron casi siempre de su bolsillo todos ó la mayor parte de los gastos. Las mas importantes de estas empresas, la de Cortés y la de Pizarro, no costaron un óbolo á la corona de España.

(4) Bernal Diaz que fué uno de los miembros de la junta y mas adelante de la expedicion, los llama á todos *hidalgos* y *personas de calidad*. (Obra citada, capítulo I.)

para traer á Cuba, donde hacian falta para el cultivo de la tierra. Parece que los solicitantes se negaron á aceptar esta condicion criminal, alegando que ni Dios ni el rey podian aprobar que fuesen reducidos á esclavitud, hombres que habian nacido libres. No obstante, como se mostraban tan entusiasmados con su empresa y confiaban mucho en las utilidades que pensaban sacar de ella, el gobernador consintió al fin en dar el barco y retiró la condicion (5).

Alentados Córdova y sus compañeros con esta concesion, compraron otras dos naves, y hechas todas las provisiones de boca y de guerra (6) que creyeron necesitar para su empresa, oyeron misa, se encomendaron á Dios y se hicieron á la vela en el puerto de *Jaruco* el dia 8 de febrero de 1517. La flota, además del capitán, llevaba cinco personajes importantes: los tres pilotos, Anton de Alaminos, Camacho de Triana y Juan Alvarez el Manquillo: un clérigo, llamado Alonso Gonzalez, que no debia tener mucha vocacion de misionero, pues segun Bernal Diaz, le ganaron con buenas palabras y ofrecimientos; y por último, un individuo, nombrado Bernardino Iniguez, á quien los

(5) Tal es la explicacion que Bernal Diaz dá del origen de esta expedicion. Cogolludo la acepta; pero Prescott, apoyado en Oviedo y otras autoridades, refiere el suceso de muy distinta manera. Dice que Velazquez mandó expresamente á Córdova y sus compañeros á buscar indios á las *Lucayas*; pero que extraviadas las naves de su rumbo, á causa de los vientos y las corrientes, al cabo de tres semanas, descubrieron los viajeros á Yucatán. Nuestros lectores sabrán escoger entre estas dos versiones la que les parezca mas verosímil. Landa se inclina á la última, aunque tambien refiere como posible, la primera.

(6) Copiamos á continuacion un pasaje de Bernal Diaz (obra citada, capítulo I), que dará á nuestros lectores una noticia de estas provisiones y una idea de las privaciones á que entónces estaban sujetos los aventureros en el Nuevo Mundo. "Y desque nos vimos con tres navíos y ma'alotaje de pan cazabe, que se hace de unas raíces que llaman *yuca* y compramos puercos que nos costaban en aquel tiempo á tres pesos, porque en aquella sazón no habia en la isla de Cuba vacas ni carneros, y con otros pobres mantenimientos y con rescate de unas cuentas que entre todos los soldados compramos . . . . . recogimos los marineros que hubimos menester y el mejor aparejo que pudimos de cables, y maromas y anclas y pipas de agua y todas otras cosas convenientes para seguir nuestro viaje, y todo esto á nuestra costa y mision."

expedicionarios eligieron Veedor por S. M. á fin de que hubiese quien cobrara el real quinto de las perlas, oro ó plata, que podrian encontrar en las tierras que iban á descubrir.

A los doce dias de su salida, la flota dobló el cabo de San Anton, y entónces el piloto Alaminos gobernó á la buena de Dios hácia el Occidente, sin saber lo que podria encontrar por aquel rumbo, ni conocer el mar á que se arrojaba. Poco despues sobrevino una tormenta que las naves pudieron resistir acaso porque solo duró dos dias, y el 3 de marzo descubrieron un país, de que ninguno de los viajeros tenia noticia. A dos leguas de la costa, vieron una poblacion con tantas casas blancas y de tal extension, que por no haber visto todavía ciudad de tal importancia en toda la América, le dieron el nombre de *Gran Cairo* (7).

A la mañana siguiente, cuando ya los españoles se disponian á desembarcar para visitar la tierra, vieron venir cinco grandes canoas, que se acercaban sin temor á sus naves. Subieron á la Capitana por invitacion de Córdova, treinta de ellos, y causaron á bordo la misma impresion favorable, que sus compatriotas habian hecho quince años ántes en Colon. El jefe de la expedicion los obsequió con una comida mixta entre americana y europea (8), y les regaló algunas de sus cuentas de vidrio, que los indios durante la conquista cambiaban con puñados de oro. Como los extranjeros no traian intérpretes, la entrevista fué infructuosa. No obstante, el jefe de los indios dió

(7) Bernal Diaz, ubi supra, capítulo II.—Cogolludo, obra citada, libro I, capítulo I.—Este pueblo á que se dió un nombre tan pretencioso seria Isla-Mujeres? Hay varias razones para creerlo así, aunque Bernal Diaz, que era de la expedicion, segun hemos advertido, no lo dice. Landa (obra citada, § III) pretende que Hernández de Córdova bajó á la isla, y que á la vista de muchas estatuas de piedra de mujeres casi desnudas, que probablemente representaban á Xchel, á Xchebelyáh y á otras diosas de la mitología maya, le dió el nombre de *Isla de Mujeres*, con que es conocida hasta el dia.

(8) La comida se compuso de pan de cazabe y carne de cerdo, segun Bernal Diaz.

á entender por señas que al siguiente dia vendria con mayor número de canoas para que pudiesen desembarcar sus huéspedes.

El cacique—tal por lo ménos es el nombre que le dán Bernal Diaz y Cogolludo—fué fiel á su promesa, y al dia siguiente se presentó con doce canoas, movidas por considerable número de remeros. Pasó á la capitana, y señalando la costa con la mano, les dijo *conex oloch*, palabras que en el idioma yucateco quieren decir: *venid con nosotros ó venid á nuestras casas*. Los españoles creyeron que aquel era el nombre de la tierra, y corrompiendo la frase del cacique, llamaron *Catoche* á la punta ó cabo, que tenian delante de los ojos, y tal es el nombre que conserva hasta ahora (9).

Conocido al fin lo que el cacique deseaba por las señas que hacia, los españoles arrojaron al agua sus lanchas, y en éstas, en la mas pequeña de sus naves y en las doce canoas, bajaron á tierra, armados con quince ballestas y diez escopetas. El jefe indio les señaló unos edificios de piedra que se veian á cierta distancia, y por los ademanes que hacía, entendieron que los invitaba á seguirle. Los españoles, creyendo que los mayas serian tan débiles como los demas indios que habian conocido hasta entónces, siguieron á su huésped, pasando entre unamultitud de curiosos, que habia atraído á la playa su venida.

No habian llegado á los edificios, cuando el cacique dió voces, y los extranjeros se vieron repentinamente rodeados de una turba de guerreros indios, que al primer disparo de sus flechas les hirieron quince. Acto continuo, empuñaron sus lanzas y sus espadas y se arrojaron sobre los castellanos con tanto denuedo y brío, que se juntaron *pié con pié* con sus enemigos, segun la expresion de Bernal Diaz. Si los de Córdova no hubie-

(9) Castillo y Cogolludo, lugares citados.—Ambos historiadores escriben incorrectamente la frase maya que hemos subrayado.

ran tenido mas que sus espadas y ballestas, mal lo habrian pasado en aquel primer encuentro con los yucatecos; pero éstos, luego que oyeron la detonacion de las escopetas y advirtieron el estrago que causaban, huyeron, mas bien sorprendidos que derrotados, dejando en poder de sus contrarios dos prisioneros, que luego fueron llamados Julian y Melchor.

Durante la escaramuza, el padre Gonzalez se adelantó á los edificios, que no eran otra cosa que adoratorios, y recogió algunos ídolos pequeños y varias piezas de oro, que encontró allí, para llevarse á Cuba. Sus compatriotas no tardaron en seguirle, y aunque la supersticion les hizo ver en los ídolos, caras de demonios, y algo peor, admiraron las construccions de piedra, primeras que veian en el nuevo mundo, como habian admirado el valor de los naturales, la fortaleza de sus armas y la riqueza de sus trajes. Todo esto les hizo creer que habian descubierto un país de grande importancia; y deseosos de reconocerle, se volvieron á sus naves para costearle hasta donde pudiesen.

Anton de Alaminos siguió gobernando hácia el Occidente, sin perder de vista la costa. Al cabo de quince dias, esto es, el 20 de marzo, descubrieron los viajeros una gran poblacion, y cerca de ella unos pozos, en que advirtieron que los indios tomaban agua y la bebian. El agua andaba escasa en la flota, porque las pipas en que venia eran de mala calidad, y se salía por las junturas que iba abriendo el rigor del clima. Además la gente habia bebido sin tasa con la esperanza de que no tardarían en hallar algun rio ó arroyo, que desembocase en el mar para rellenar sus envases. Pero desvanecidas sus esperanzas, acordaron ir á los pozos y se metieron en las tres lanchas y en la nave mas pequeña, todos los que pudieron caber, porque la experiencia les habia enseñado cuan belicosa era la gente del país. Llenaron sus pipas, y se disponian ya á reembarcarse, cuando se presentaron cincuenta indios, cubiertos con sus mantas de algodón, quienes señalando al Oriente, pronunciaban re-

petidas veces la palabra *Castilan* (10). Los castellanos creyeron oír pronunciar el nombre de su patria y entendieron que se les preguntaba si venían del Oriente. Ellos á su vez quisieron saber el nombre del país, y los naturales respondieron que se llamaba *Campech* ó *Kinpech*. Los españoles oyeron mal como siempre, y le llamaron Campeche, no obstante que ántes le habian dado el nombre de *San Lázaro*, por ser aquel dia el domingo de cuaresma, que el rito católico llama de Lázaro.

Terminada esta conferencia, en que debió de haber intervenido mas de una equivocacion por falta de intérpretes, los indios invitaron á los españoles á pasar á la poblacion inmediata. Aceptaron éstos y contemplaron con admiracion los grandes templos del pueblo, adornados con varias figuras de animales, esculpidos en piedra, y especialmente con la gran serpiente, imágen de *Kukulcan* (11) Al rededor de una especie de altar, habia manchas frescas de sangre, lo que hizo suponer á los viajeros que acababa de verificarse allí algun sacrificio. Este era sin duda parte de una ceremonia religiosa, que en seguida presenciaron, porque no tardaron en aparecer varios esclavos, cargados con haces de leña, que arrojaron en la plaza, y dos escuadrones de guerreros, armados á la usanza del país. Presentáronse en seguida diez sacerdotes, que sahumaron á los españoles con el copal que hacian arder en unos braseros de

(10) Todos los historiadores que han tratado de la expedicion de Córdoba, están conformes en asegurar que los indios de Campeche y Champoton pronunciaron esta palabra, tal cual la hemos escrito. Los españoles creyeron que les preguntaban si eran de Castilla, y con razon se admiraron entónces de oír el nombre de su patria en un país que aun estaban descubriendo. Pero esta admiracion debió haber cesado dos años despues, cuando se supo que Aguilar y Guerrero habian residido varios años en Yucatan. Parece muy natural que éstos hubiesen dicho que eran de Castilla, cuya palabra grabaron los naturales en su memoria, por lo mismo que se trataba de hombres de una raza tan distinta de la suya. De paso advertiremos que los indios —los de ahora por lo ménos,— no dicen *castilan*, sino *castran*, cuyo nombre aplican á todo lo que es de procedencia española ó europea. Así llaman *castran than* al idioma castellano, *castran uah* al pan de trigo etc.

(11) Véase el capítulo X del libro I.

barro y se metieron en uno de los templos, despues de haber mandado prender fuego á la leña. Luego que ésta comenzó á arder, dejóse oír una música salvaje, compuesta de trompetas y *tunkules* á la cual no tardaron en mezclarse los gritos y destempladas voces de los guerreros. Los españoles, á quienes los sacerdotes habian indicado con sus gestos que se retiraron, acabaron de resolverse con este aparato belicoso, y corrieron, llenos de temor, á sus bateles.

Siguió la flota su rumbo hácia el Occidente, y á los seis dias de navegacion, sobrevino uno de esos *Nortes* que son tan frecuentes en el golfo, y que puso en grave riesgo á los expedicionarios. Tuvieron la fortuna de que solo durase cuatro dias, al cabo de los cuales dieron vista á una ensenada y á un gran pueblo. La necesidad de agua los obligó otra vez á desembarcar, lo que verificaron todos, con excepcion de quince marineros, que se quedaron al cuidado de las dos naves mayores. Encontraron unos pozos, con cuya agua comenzaron á llenar sus vasijas; pero no habian tenido tiempo de embarcarlas, cuando se vieron cercados por numerosos escuadrones de indios, que como los de Campeche, señalaban al Este y pronunciaban la palabra *Castilan*. Comenzaba á entrar la noche, y los españoles creyeron mas prudente pasarla en tierra, que volver á embarcarse con la oscuridad. Pusieron centinelas, y en vano intentaron conciliar el sueño, porque á cada instante se sentia ruido de nueva gente que llegaba al campamento indígena. Celebróse una especie de consejo, y aunque hubo quien opinase por el reembarque inmediato, se acordó esperar el dia, confiando en la clemencia del cielo.

A la mañana siguiente los españoles se llenaron de pavor, viendo la gran muchedumbre de indios que los tenia cercados. Dióse principio al combate con la acostumbrada lluvia de flechas; pero los guerreros aborígenas no se contentaron con ésto, sino que como los de Catoche, al cabo de poco tiempo se arro-

jaron sobre sus contrarios, armados de lanzas y espadas, que manejaban á dos manos. Los castellanos se vieron en gravísimo aprieto, y á pesar de su denuedo y de la superioridad de sus armas, los yucatecos en vez de ceder se aumentaban, y se les veia ponerse de cuclillas tranquilamente en el campo de batalla para comer los alimentos, que niños y mujeres les traian de la poblacion inmediata. El suelo comenzaba á sembrarse de cadáveres, y aunque los españoles no perdian tiempo, porque mientras unos cargaban las armas, los otros las disparaban, su número se disminuía mas á cada instante, y los que aun se sostenían en pié, estaban cubiertos de heridas.

En trance tan amargo, Córdoba mandó romper el cerco del lado de la mar, y aunque consiguió su objeto, los yucatecos persiguieron á su gente, azuzándose mutuamente con sus gritos, entre los cuales se oía el de "*al Halach uinic*" que quiere decir: al jefe ó capitán. Los fugitivos se arrojaron con tal desorden á sus lanchas, que éstas zozobraron con el peso, y algunos solo pudieron salvarse nadando, asidos con una mano á los bordes. Los indios, animados con su victoria, se metieron en sus canoas y continuaron el combate en el mar. Felizmente para sus adversarios, una de las naves que se habia quedado á distancia, se aproximó á la costa y pudo recogerlos á tiempo.

El lugar donde se verificó esta memorable accion, era llamado por los naturales *Potonchan*: los españoles le pusieron el nombre de *Bahía de la mala pelea*, y hoy se llama *Champoton*.

Recogidos los castellanos á sus naves, conocieron todo el horror de su situacion. Faltaban cincuenta y siete de sus compañeros, de los cuales cincuenta habian sucumbido en el campo de batalla, cinco que murieron de allí á poco, porque el agua del mar enconó sus heridas, y dos finalmente, que los indios cogieron vivos y que probablemente inmolaron luego en el altar de los sacrificios. El resto de los combatientes —con excep-

ción de un soldado llamado *Berrio*— salió tan mal parado que el que ménos tenia dos ó tres heridas. El animoso Hernandez de Córdoba sacó doce.

Reducidos los castellanos á una escasa mitad de su número, acordaron volver á Cuba para dar cuenta de una expedición que ya no podían continuar. Quemaron una de sus naves, porque ya no la necesitaban y porque carecían de marineros que la gobernasen. No pudiendo encontrar agua en la costa de Yucatan, pasaron á Florida, donde tuvieron un encuentro con los indios y donde *Berrio*, que cometió la imprudencia de internarse en un bosque, desapareció para siempre. Llegaron por fin los expedicionarios á la Habana, donde murieron cuatro de sus heridas. Córdoba murió también de las suyas en su encomienda.

La fama del descubrimiento de Yucatan se extendió inmediatamente por toda la isla. Los aventureros que habían sobrevivido á la expedición, contaban cosas maravillosas de este país. Ponderaban el número de indios que lo poblaban, sus armas, su valor, sus trajes de algodón, las casas de mampostería que construían, y el esmero con que cultivaban la tierra. Aseguraban también que había mucho oro, á pesar de la pobreza de las muestras que habían traído. Interrogados los prisioneros Julian y Melchor sobre este último punto, respondieron que existía en abundancia.

Por este tiempo comenzó á darse el nombre de *Yucatan* á la tierra nuevamente descubierta, sin que se sepa fijamente quien fué el primero que arrojó al público esta palabra, ni la circunstancia á que deba su origen. Cuando Bernal Diaz del Castillo, uno de los expedicionarios, fué á visitar al gobernador de Cuba, éste le preguntó que si ya había sanado de sus heridas para volver á Yucatan. Sorprendido el soldado de que se diese á la península un nombre que él mismo no conocía, preguntó riendo quién se lo había dado.—Julian y Melchor—res-

pondió Diego Velazquez (12). Pero la verdad es que los pobres prisioneros del Cabo Catoche no pudieron ser los inventores de esta denominación, porque los detalles con que se refiere el hecho, lo hacen inverosímil. Dicese que unos indios cubanos que preparaban un terreno para sembrar *yuca*, preguntaron á los dos mayas si aquel fruto se producía en su país; y que habiendo contestado éstos afirmativamente, añadiendo que aquí se daba el nombre de *tale* á la tierra en que se cultivaba, de las dos palabras subrayadas se formó el nombre de Yucatan (13). Nuestros lectores, que saben sin duda que no hay tierra en la península á que se dé el nombre de *tale*, y que la *yuca* se dice en lengua maya *oim*, comprenderán perfectamente que esta versión carece de fundamento.

Dicese también que cuando Francisco Hernandez de Córdoba preguntó á los primeros yucatecos con quienes habló, cuál era el nombre de su país, estos respondieron *Tectetan*, *cubi athan*, ó *Matan cayi athan*, palabras que, según Cogolludo, significan “no entiendo tus palabras.” Añádese que los españoles, que entendieron mal la respuesta y la oyeron peor, creyeron que se les había dicho el nombre de la tierra, y desde entonces la llamaron *Yucatan* (14). El lector yucateco sabe perfectamente que la frase “no entiendo tus palabras” se traduce en lengua maya por ésta: *ma tin naatic á than*. Pero puesto que de suposiciones se trata, también podría creerse que los indios al oír en boca de Córdoba un lenguaje tan extraño para ellos, se hubiesen dicho los unos á los otros *uy u than* (oye ese lenguaje), frase cuyo sonido se aproxima más al de Yucatan, que cualquiera otra de las ya mencionadas. Todas estas versiones son verosímiles; pero ninguna de ellas está suficientemente apoyada en la historia.

(12) Bernal Diaz del Castillo, obra citada, capítulo VII.

(13) Idem capítulo VI.

(14) Cogolludo, Historia de Yucatan, libro II, capítulo I.

Se ha pretendido por último que de la contracción de *Yucalpeten*, antiguo nombre de la península, se formó el que tiene en la actualidad (15). Pero esta opinión tiene en contra el testimonio de Cogolludo, quien asegura que antiguamente no se designaba á este país con un nombre genérico (16), y el de Bernal Diaz del Castillo, al cual causó risa la palabra Yucatan, porque segun asegura, en el idioma de los indios, no se llamaba así (17).

(15) Véase el capítulo III, libro I de esta historia.

(16) Cogolludo, *ubi supra*.

(17) Lugares citados.

## CAPITULO IV.

1518-1519

Nuevas expediciones al continente septentrional.— Juan de Grijalva.—Batalla de Champoton.—Hernan Cortés.—Su residencia en Cozumel.—Disposiciones que toma para rescatar á los españoles cautivos en la península.—Llegada de Aguilar al campamento.

Las noticias que circulaban en Cuba sobre la península de Yucatan, impresionaron de tal manera al gobernador Diego Velasquez, que inmediatamente dió cuenta al Consejo de Indias, atribuyéndose toda la gloria del descubrimiento (1). Entretanto, comenzó á hacer los preparativos de una segunda expedición, para la cual compró dos navíos; que se unieron á otros dos que habian vuelto de la primera. Alistáronse para tomar parte en la empresa doscientos cuarenta aventureros, entre los cuales figuraban todos los que habian vuelto con vida del viaje anterior.

Hallábanse por aquel tiempo en Cuba, cuatro hombres destinados á hacerse célebres en la historia de los descubrimientos y conquistas de América, y que por entónces no eran

(1) Bernal Diaz del Castillo, Historia verdadera de la conquista de la Nueva España, capítulo VII.